

EL OMNIBUS

Periódico Literario, Agrícola y Fabril, de Religión, Variedades y Avisos

MEXICO.—Sábado 16 de Diciembre de 1854.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

EL OMNIBUS se publica todos los días, excepto los Domingos. La suscripción mensual adelantada cuesta en la capital SEIS REALES, y UN PESO en los Departamentos, franco el porte.

Los números sueltos valen en México UNA CUARTILLA, y en los Departamentos TRES OCTAVOS.

Se reciben las suscripciones en el despacho de esta imprenta, calle de Cadena junto al número 10; en las librerías de los Sres. D. José María Andrade y D. Cristóbal de la Torre, portal de Agustinos núm. 5. Las cartas se dirigirán a los EE. del OMNIBUS, francas de porte.

EXTERIOR.

ESPAÑA.

Discurso pronunciado en Madrid por el joven D. Emilio Castelar, en la reunión electoral del día 25 de Setiembre.

(CONCLUYE.)

El Sr. Castelar: No tengo derecho a distraer por tanto tiempo la atención del auditorio. (Muchas voces: Sí, sí. Y el orador continúa.) Señores, la humanidad es como el hombre. Tres facultades intelectuales distinguimos en el hombre; la sensibilidad, que le relaciona con el mundo exterior; la inteligencia, esfera donde se forman las nociones, y la razón último extremo de nuestras facultades, hermoso templo de las ideas. A estas tres facultades pertenecen tres periodos históricos. Cuando la sensibilidad predominó en los pueblos, el feudalismo los cautivó, amedrentándolos con su tajante espada y deslumbrándolos con su colosal poder; pero cuando la inteligencia dominó a la sensibilidad, la tiranía perdió su fuerza, los magoates perdieron su fueron, y el trono, institución veneranda, institución sagrada, concentró en sí todos los derechos, hasta que la razón, soberana del mundo, levantó al pueblo al absoluto ejercicio de la soberanía que por derecho le corresponde. [Aplausos generales.] Señores, ¡que el pueblo del siglo XIX no es ilustrado! Eso es mentira. Ese pueblo tiene por cetro el rayo, por mensajero el relámpago. Ese pueblo mandó un día que la victoria le obedeciera, y la victoria le abedeció. (Aplausos.) Ese pueblo ha recibido la herencia de todos los siglos, y ha reconquistado con la fuerza de sus ideas la completa serie de todos sus derechos; ese pueblo en fin, ha visto a esos fantasmas vestidos de púrpura caer trémulos de espanto a sus pies, pidiéndoles un ósculo de respeto.

Señores, ¿quién tiene el derecho para hablar libremente de la libertad de enseñanza. Yo la admito como principio absoluto, yo la rechazo hoy como principio de aplicación. Señores, no dudareis que la Francia nos ha precedido en muchos periodos de civilización, aunque despues haya abandonado vergonzosamente su gloriosa obra. ¿Sabéis, pues, quién defendía en Francia la libertad de enseñanza? La defendía Montalembert. ¿Sabéis quién atacaba en Francia la libertad de enseñanza? La atacaba Victor

Hugo. El mismo programa que estamos discutiendo ha comprendido esta verdad: al pedir que la enseñanza sea gratuita, porque si es gratuita no puede ser libre; y si es libre no puede ser gratuita porque con qué derecho forzaríais al hombre que necesita del trabajo para vivir a que enseñase gratuitamente? Entonces el pobre pueblo, ese rey sin corona, caería en las tinieblas de la ignorancia, y de consiguiente en las cadenas de la esclavitud. Hoy las nuevas inteligencias que se despiertan a la triste lucha de la vida, deben ser educadas por el Estado y para el Estado. De otra suerte la enseñanza vendría a parar al clero y el clero de seguro no le diría al pueblo que son soldados de su inmortal cruzada el divino Homero creador de los dioses; Esquilo que desafiaba a los tiranos en el campo y en la escena; Sófocles, que cantó las miserias de los reyes justos; Sócrates, el angelical Platon y el triste Lucrecio; no le recordaría, no, que la libertad cuenta en los tiempos modernos entre sus cantores al Dante, entre sus apóstoles a Santo Tomás, y entre sus mártires a Dios. (Aplausos repetidos y prolongados.)

Señores, toda libertad no puede existir sin que tenga por límite otra libertad. Así es que la libertad de enseñanza podrá realizarse cuando la libertad de cultos sea completa, cuando la libertad de imprenta sea absoluta; y aquí, señores, llamo vuestra atención. La imprenta que entre nosotros es una organización, un poder, debe perder esa forma, porque los poderes nos abruman. Sus ideas deben ser consideradas como ideas individuales: así, señores, la imprenta no tendrá fuerza para derribar a los gobiernos. Esto sucede en todos los pueblos libres.

En Inglaterra, la imprenta dice todo lo decible del gobierno, sin que la sociedad se conmueva; en los Estados Unidos, la imprenta sostiene todo lo sostenible contra el presidente, sin que el presidente castiga. Aquí, señores, mientras la imprenta tenga fuerza propia, mientras que preste un depósito, será fuerza es decirlo, será una aristocracia, y tendré entendido que siendo de esta forma, la aristocracia del capital representa por lo mismo a la mas temible y a la mas gloriosa de todas las aristocracias. Señores, yo, por ejemplo, puedo tener la cabeza llena de ideas levantadas y el corazón rebozando en generosos sentimientos; pero como soy pobre, como no tengo dos mil duros para un depósito, me arrastraré en la impotencia y moriré en el olvido. (Estrepitosos aplausos.)

Señores: solo el partido democrático puede llevar a su cima nuestra gloriosa revolución. Todos los principios que le han servido de bandera forman nuestros dogmas y nuestros principios. Yo le diría al partido progresista: ¿qué quieres? ¿Soberanía del pueblo? pues cedemos el puesto, porque nosotros queremos esa soberanía con todas sus lógicas consecuencias; porque nosotros damos al pueblo por corona el derecho y por cetro la ley. ¿Economías? Nadie, sino el partido democrático puede salvarnos de la bancarota que os amenaza, de la bancarota que os devora, porque el partido democrático con su abnegación realizará profundas economías sin lastimar por eso el crédito del país; sin oponerse a todos los derechos, que son sagrados. ¿Libertad? Nosotros la alzaremos en nuestros brazos sin límites que la nieguen, sin barreras que la dete-

gan, sin instituciones que la limiten. Hé aquí por qué la union que proclamais es viciosa; y esta es la ocasión de hablar cuatro palabras sobre la encomiada union que aquí se ha tratado de una manera lastimosa. [Risas.]

Las ideas no se unen, porque entre ideas opuestas no puede haber lógicamente armonía, los partidos no se unen, porque el partido que renuncia a sus ideas es apóstata. (Aplausos.) El partido liberal, y sus esfuerzos que haga está ya muerto. Ha pues, en práctica toda la serie posible de sus ideas, y no ha podido despues, señores, ni por breve espacio tenerlas. Hoy dice que olvidemos lo pasado. El partido viejo, un partido decrepito, renuncia a la historia que debería ser hoy su único título a la consideración de las gentes. [Prolongados aplausos.] Señores, tres constituciones ha dado el partido liberal; la constitucion del 12, que enaltecia el principio de libertad; la constitucion del 45, que enaltecia el principio monárquico, y la constitucion del 37, término medio entre estos dos puntos estrimos. Ahora bien: la constitucion del 12, que corrió azarés de varia fortuna, fué rasgada por los hombres que la habían apoyado con sus ideas y defendido con su sangre; la constitucion del 37 ni fué respetada ni fué cumplida, y no la valió, el instinto de prudencia que habia presidido a su elaboracion y nacimiento para libertarla de los tremendos golpes que ocasionaron su muerte; y la constitucion del 45, que la suprema inteligencia del partido moderado habia compuesto, fué arrastrada sin piedad por sus prohombres y conducida al abismo de su perdición por sus autores, en medio del aplauso de todos aquellos que fiaban a días mejores la salvación de su patria. El partido liberal, está, pues, muerto: ya no hay, ni puede haber en su corazón sentimientos; ya no hay ni puede haber en su cerebro nuevas ideas. Si avanza, es menester el triunfo; si retrocede, el triunfo es el del absolutismo que eija! (Repetidos y prolongados aplausos. El orador se ve precisado a suspender el discurso por algunos minutos; despues prosigue.)

Señores: todos dicen que nuestra patria camina a la retaguardia de la civilización. No lo creais. España está destinada a ponerse a la cabeza del mundo. En su privilegiado suelo, bajo ese hermoso horizonte que sonrío como un ángel de paz, debe ensayar las grandes ideas que mas tarde han de realizarse en todos los pueblos de la tierra. ¿Quién puede poner en duda este privilegio, cuando Portugal nos tiene sus brazos; cuando estamos en el deber de realizar, no la union de los partidos, sino la union de los pueblos? [Estrepitosos aplausos.]

Hoy somos los soldados de la libertad, y por consecuencia somos los soldados de Dios. Los individuos ensayan en sus conciencias ideas que aplican a los pueblos; los pueblos ensayan en sus conciencias ideas que aplican a la humanidad. El sol, pues, el sol que fué en otro tiempo nuestro esclavo, ilumina hoy con sus rayos de oro la bandera de nuestra victoriosa revolucion, que hace estremecer de gozo a los oprimidos. Somos la nacion salvadora; ateno, tended los ojos conmigo por la Europa. Inglaterra ha comenciado con la libertad [aplausos], la Francia, levantando a los pueblos de su postracion, los ha vendido en el amargo dia que mas necesitaban de su espada; Alemania, ¡parece imposible! Alemania que ha pre-

tendido la confederacion universal de todos los pueblos, que ha elevado en alas del pensamiento a todas las inteligencias a las ultimas esferas de la filosofía, Alemania, patria de Schiller y de Hegel, es hoy esclava de Julio y de Napoleón.

Señores, ¿quién puede impedir que nosotros llevemos la civilización a la América. Verdad es que América fué ingrata; pero los pueblos tienen que ser ingratos con los dioses para ser agradecidos con la humanidad. [Muchos aplausos.] Un día recorrió España a la sombra del trono, el espacio que separa Cayena de Guayana; se lanzó a lo infinito, y nuevos mundos se abrieron ante él; pueblo los mares con un golpe de remo, y ellos recibieron tener por cetro el rayo, y en su espíritu no sabrán qué pensar mas si la inmensa grandeza de esos poderes, o la afrenta y esclavitud de nosotros. [Estrepitosos aplausos que interrumpen al orador.]

Señores: pidamos que se realice la fraternidad entre todos los hombres, y la fraternidad entre todos los pueblos, porque todos nos encaminamos a una patria, que es el cielo. Pidamos que se realice en todas sus aplicaciones la verdad cristiana; que la justicia sea el sol de nuestras esferas sociales; que las clases menesterosas reciban el pan de la inteligencia. El trabajo, señores, que es la propiedad, lo que el cincel de Fidas o el mármol (muchos aplausos) debe recibir de la justicia la debida recompensa. (Reiterados aplausos.) En fin, señores, pidamos a Dios que peleé por los buenos, pidamos a Dios que la Inglaterra sea verdaderamente aliada de la libertad; que Alemania, mente del mundo, nos revele nuevos misterios de la ciencia, nuevos secretos del arte; que Francia sacuda su letargo y vuelva a ser el tribuno de los pueblos; que Hungría y Polonia rasguen sus túnicas de esclavas; y que la Italia, esa prodigiosa artista, que regaba con dulces armonías el sueño de sus señores, se levante herida de sus recuerdos y recoja del suelo la rota lanza de Bruto y Cicinnato, porque con ideas tan grandes y con tan denodados guerreros, el triunfo de la libertad será eterno. He dicho. (Aplausos generales y prolongados.)

Señores, ¿quién puede impedir que nosotros llevemos la civilización a la América. Verdad es que América fué ingrata; pero los pueblos tienen que ser ingratos con los dioses para ser agradecidos con la humanidad. [Muchos aplausos.] Un día recorrió España a la sombra del trono, el espacio que separa Cayena de Guayana; se lanzó a lo infinito, y nuevos mundos se abrieron ante él; pueblo los mares con un golpe de remo, y ellos recibieron tener por cetro el rayo, y en su espíritu no sabrán qué pensar mas si la inmensa grandeza de esos poderes, o la afrenta y esclavitud de nosotros. [Estrepitosos aplausos que interrumpen al orador.]

Señores: pidamos que se realice la fraternidad entre todos los hombres, y la fraternidad entre todos los pueblos, porque todos nos encaminamos a una patria, que es el cielo. Pidamos que se realice en todas sus aplicaciones la verdad cristiana; que la justicia sea el sol de nuestras esferas sociales; que las clases menesterosas reciban el pan de la inteligencia. El trabajo, señores, que es la propiedad, lo que el cincel de Fidas o el mármol (muchos aplausos) debe recibir de la justicia la debida recompensa. (Reiterados aplausos.) En fin, señores, pidamos a Dios que peleé por los buenos, pidamos a Dios que la Inglaterra sea verdaderamente aliada de la libertad; que Alemania, mente del mundo, nos revele nuevos misterios de la ciencia, nuevos secretos del arte; que Francia sacuda su letargo y vuelva a ser el tribuno de los pueblos; que Hungría y Polonia rasguen sus túnicas de esclavas; y que la Italia, esa prodigiosa artista, que regaba con dulces armonías el sueño de sus señores, se levante herida de sus recuerdos y recoja del suelo la rota lanza de Bruto y Cicinnato, porque con ideas tan grandes y con tan denodados guerreros, el triunfo de la libertad será eterno. He dicho. (Aplausos generales y prolongados.)